

1989, año electoral

En 1929, Emilio Frugoni, socialista conocido y honesto, decía: "En el Uruguay, como en cualquier país, el camino hacia el socialismo está claramente marcado y no pasa a través de ninguna dictadura. Los explotados son en todas partes mayoría. En cuanto se convengan de que el capitalismo es el mayor causante de su miseria, se harán socialistas y votarán por nuestro partido. El socialismo al gobierno nacionalizará los medios de producción y realizará pacíficamente su programa."

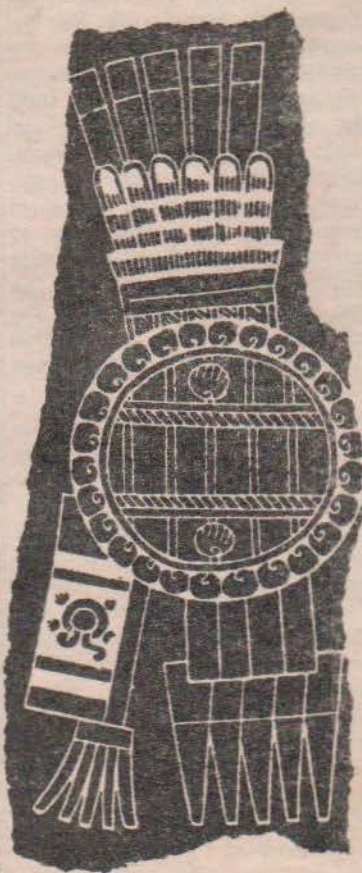
Sus ex-compañeros de partido que, a raíz de la revolución rusa, se habían separado de él para fundar el partido comunista (quedándose con el local y el periódico), decían: "La democracia burguesa no es susceptible de transformación pacífica. El capitalismo nunca se va a dejar expropiar por una ley. Se necesita una revolución como en Rusia, que dé el poder total al partido del proletariado. Un período de dictadura eliminará hasta los últimos vestigios del régimen burgués y edificará el socialismo."

Han pasado 60 años. En el mundo, a partir de entonces se han ensayado repetidamente los dos métodos. Blum, tan sincero como Frugoni, llegó al poder en 1935 en Francia y no sólo no llevó a la práctica el socialismo, sino que contribuyó —seguramente con dolor— a entregar la España republicana a Franco con su política de no intervención. Sus sucesores se comportaron en Argelia como los colonizadores burgueses tradicionales.

Hoy, Mitterrand en Francia y Felipe González en España son socialistas sólo porque han ido al poder con votos socialistas, y sostienen la empresa privada. Mucho peor ha sido el resultado del otro camino que pasa por la insurrección y la dictadura llamada del proletariado. A los setenta años del triunfo de la revolución en Rusia y de la instauración de la dictadura del Partido Comunista sobre boyardos, burguesía y proletariado, dictadura que substituyó el pluralismo del capi-

talismo privado basado en el salario por el monolitismo del Estado-patrón burocrático, basado también en el salario, el socialismo está más lejos que nunca. En este segundo caso, el salario, que asegura la plusvalía a la nueva clase dominante y es al mismo tiempo instrumento de dominación, le da al obrero la seguridad del puesto de trabajo (como la esclavitud y la servidumbre de la gleba) mientras sea dócil, pero le quita la facultad de valerse de la huelga para mejorar sus condiciones y la libertad de pensar. Este sistema con el tiempo crea inmovilismo, inercia, corrupción, y actualmente está en crisis en el terreno de la producción y de la distribución. El sistema, para mantenerse, por un lado afloja los frenos en terreno político para revitalizar de alguna manera las bases de la economía en el sector productivo (donde el trabajo no especializado está perdiendo rápidamente importancia, mientras se multiplican los técnicos, a los que se les exige pensar); por otro coquetea, como su hermano enemigo el socialismo democrático, con el neocapitalismo y piensa restablecer la economía de mercado, afrontando el riesgo seguro de la desocupación.

La gran prensa mundial, que responde a los intereses del neocapitalismo, proclama el fracaso del socialismo; y el socialismo no ha sido ni siquiera ensayado, ni por unos, ni por otros. En ningún momento, ni en Oriente, ni en Occidente,



ha desaparecido la explotación, a no ser en el trienio 1936-39 en una parte de España, donde los obreros y los campesinos mismos socializaron y fueron lo suficientemente fuertes como para defenderse del poder. Hay, además, migas de socialismo, más o menos significativas, pero siempre en la base, donde hay cierta libertad de experimentación: kibutzim en Israel, cooperativas y comunidades donde estas pueden desarrollarse. El socialismo, que ha sido ahogado en España en 1939 por la guerra y la traición, pero no ha fracasado, existe hoy en germen o sólo en las aspiraciones de los que padecen injusticia, en muchos países, pero es evidente que su camino no es el del estado. Por eso, y porque amamos la libertad, nuestro camino no es el del estado.

No estamos dispuestos a renunciar a los resultados de la lucha antiabsolutista de nuestros antepasados y estamos prontos a defenderlos contra toda tentativa de retroceso. Pero no nos alcanzan: nuestra lucha consiste en tratar de quitarle atribuciones al estado para que queden en la base social, con tendencia a una federación de autonomías. Nuestra labor, pues, no tiene nada que ver con la construcción de la pirámide del poder, por democrático que sea. Por eso nosotros, que somos socialistas libertarios y somos pocos, pero no nos sentimos derrotados porque nuestro camino al socialismo no ha fracasado, nos sentimos ajenos a la contienda electoral que tan intensamente se prepara. Mientras el voto en el referendun será la expresión de la opinión y de la voluntad popular y es esencialmente acción, el voto en las elecciones políticas es esencialmente inacción, en cuanto substituye la necesaria iniciativa de los interesados por una delegación de la soberanía de todos a los eternos profesionales del poder que en todo

el mundo están fracasando (si es que alguno de ellos verdaderamente se lo propone) en la tarea de salvar a la humanidad en el difícil trance de supervivencia en que se encuentra.

Caída la dictadura, junto con las libertades públicas, invulnerables pero insuficientes, hemos recuperado el voto, que, en sí, no amplía esas libertades sino que las restringe, pues concentra en pocas manos la facultad decisoria.

Los resultados de la primera elección —como es natural— fueron frustrantes y no hay ninguna probabilidad de que los de esta segunda sean mejores. Los electores se volcarán hacia los hombres y los partidos que, según ellos, representen el mal menor. Lo importante es que no crean que con su voto van a realizar un acto con consecuencias importantes para el país y que con eso agotan el ámbito de su responsabilidad. Lo que importa está en otro lado: está en los lugares de trabajo, en los hogares, en las escuelas, en los sindicatos, en las cooperativas, en la acción barrial, en todo lo que sea autogestivo y signifique ejercicio de la democracia directa. Porque la salvación está en cada uno y el poder es impotente para lo creativo, mientras objetivamente forma parte, por apoyarse en las fuerzas armadas y en el engranaje capitalista, de la gran amenaza que se cierne sobre la humanidad.

L.F.



El sociólogo, del análisis de estas cifras comienza a comprobar situaciones registradas en distintos comicios, como ser que en 1971 el 56 o/o de los votantes blancos y colorados del interior no votaron a ninguno de los 42 diputados electos por su departamento. En 1966, 20 diputados lograron sus bancas con una cuarta parte de los votos teóricamente necesarios para obtener un escaño. Igualmente en 1971 el sistema electoral vigente permitió a 2 diputados lograr sus bancas con menos de 2.200 votos, es decir con menos de un 13 o/o de los votos necesarios. En esta misma elección en el departamento de Maldonado los diputados electos por el Partido Colorado y el Partido Nacional recibieron el 21 o/o de los votos emitidos por los dos lemas, o lo que es lo mismo 8 de cada 10 votantes colorados y blancos prefirieron "otros" candidatos que los electos por ambos lemas.

En el tramo histórico analizado el porcentaje de votantes que no obtiene diputado pasó del 2 o/o al 42 o/o, lo que comprueba una representatividad en descenso marcado.

En una segunda parte del trabajo, Francisco Vernazza analiza cómo es que se produce este fenómeno, estudiando el sistema de elección de los diputados, basado en la existencia